

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº
584

25
cts

WILLIAM HAINES
LEILA HYAMS
MAS ALLA DEL OESTE



NIBLO Fred

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco - Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO XI BARCELONA N.º 584

Way out West, 1930

Más allá del Oeste

Interesantísimo asunto, interpretado por
· **William Haines, Leila Hyams, Polly Moran, Cliff Edwards, etc.** ·
Dirigido por **Fred Niblo** ·



Es un film de la famosa marca
METRO - GOLDWYN - MAYER

Distribuido por

METRO - GOLDWYN - MAYER
Ibérica, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ELISSA LANDI

Más allá del Oeste

Argumento de la película

En un pueblo de Arizona se había instalado un circo ambulante. Entre los diversos puestos de feria que lo constituían figuraba el de Windy con sus bailarinas orientales.

Windy era un hombre joven, el verdadero tipo del fresco que no se preocupa por nada y que a todas las cosas de la vida encuentra solución, sin que le importen los procedimientos para ello.

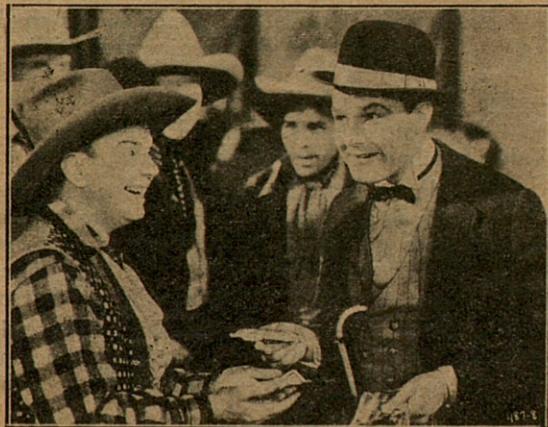
Cierta noche su tienda se llenó de vaqueros que aplaudieron entusiasmados la actuación de aquellas seis bailarinas de Oriente, nacidas en el propio Oeste americano.

La presencia de aquel público hizo sonreír a Windy. ¡Magnífica ocasión para desplumar a todo el mundo!

Preparó una ruleta con trampa, y una vez terminada la actuación de las bailarinas, llamó a los vaqueros y les invitó a jugar. Al principio no le hicieron caso, entusiasmados con la pre-

sencia de las artistas, pero uno de los muchachos, John, se dejó tentar por la ambición y puso tímidamente un billete en uno de los números del juego.

—Esa es una apuesta de mujer... ¿Tienes miedo? ¡Pon más!



—Ganas diez veces lo que has puesto.

John dejó otro billetito; rodó la bolita blanca de marfil y señaló el número apostado.

—¡Magnífico, muchacho!—dijo Windy— Ganas diez veces lo que has puesto. A ver, señores, ¿quién de ustedes quiere repetir la suerte?

Los vaqueros no se hicieron repetir la invitación, y con ingenuo entusiasmo apostaron buenas cantidades a la ruleta... Y perdieron todo su dinero. Apretando un resorte oculto, Windy

detenía la bolita de marfil en el lugar donde se le antojaba.

Marcharon disgustados por su derrota, cabizbajos, lamentando haberse quedado sin el dinero que tenían para divertirse.

Windy se echó a reír jocosamente al verles partir.

—¡Estupenda hazaña! ¡Doscientos dólares! Ya no tengo necesidad de trabajar más aquí.

—Y a nosotras que nos parta un rayo, ¿eh? —dijo una de las bailarinas.

—No os preocupéis... Tomad vuestra paga... Valéis mucho y alguien os contratará.

Cinco de las bailarinas prefirieron quedarse en el circo en espera de que algún otro artista se interesara por ellas; pero la bailarina principal, Mary, mujer cuyas intenciones eran siempre de pronóstico reservado, decidió marcharse.

Mientras Windy arreglaba febrilmente su equipaje, la joven, con toda cautela y precaución, se apoderó del dinero de su amigo y desapareció rápidamente.

Iba Windy a salir, ufano y satisfecho como nunca, cuando vio entrar a los vaqueros, no con el aire tímido de antes, sino con cara de pocos amigos, y dispuestos a la pendencia.

Habían tenido sospechas de si Windy había jugado con ventaja y querían comprobarlo... Y así, mientras dos de ellos impedían a Windy todo movimiento, los otros examinaban la ruleta, debajo de la cual descubrieron los hilos de la trampa.

—¡Ah, pilló! ¡Jugador infame! ¡Devuélvenos el dinero inmediatamente o te retorremos el pescuezo!

No había escapatoria, no podía negar la evidencia de la ilegalidad.

—Ya que se ponen ustedes así, se lo devolveré. Pero conste que yo...

—¡Nada de palabras! ¡Dinero!

Buscó en sus bolsillos, en la maleta, en el pantalón, y, ¡horror!, el dinero había desaparecido.

—¡Oh!—dijo, pálido como la cera—. ¡Me han robado! ¡No lo tengo!

—¡Nada de excusas! ¡Vengan los doscientos dólares!

—Es de veras, señores... Me lo han quitado. Mary, ¿has visto, acaso?

Pero Mary estaba ya lejos de allí, y al darse cuenta de la desaparición de la primera bailarina, el joven prorrumpió en maldiciones.

—Ya sé quién me lo ha robado. ¡Mary, la maldita!

—¡Venga el dinero, o te colgamos!

—Pero si no lo tengo. ¡Regístradme! ¡Por favor!

—¡Tramposo! ¡Vamos a colgarle! ¡Nuestro dinero!

Fueron inútiles las protestas del muchacho. Le arrastraron fuera del circo, le hicieron montar a caballo y le pusieron una soga al cuello.

—Por última vez, ¿nos das el dinero?

—Haced de mí lo que queráis, pero no lo tengo.

—¡Pues despídete de la vida!

Estaban dispuestos a colgarle de un árbol, con la justicia expeditiva y personal de las gentes del Oeste.

Trilly, el dueño del rancho, se presentó momentos después,

—¿Qué pasa con ese hombre? ¿Por qué le colgáis?

—Haciendo trampas nos ha quitado más de doscientos dólares.

Y le explicaron el bajo procedimiento de que se valía el muchachote. Este temblaba, sintiendo ya el frío de la muerte a su alrededor.

Trilly les aconsejó otra cosa.

—Si le matáis, os quedaréis igualmente sin los doscientos dólares. Atendedme a mí... Os lo lleváis al rancho y que trabaje sin cobrar un céntimo hasta haber ganado para vosotros la cantidad perdida.

—¡Oh, admirable idea, Trilly!

El caballo que montaba Windy había dado un salto, lanzando al jinete de su montura. Hubiera el escarmentado Windy perecido de no ser un oportuno disparo de Trilly que cortó la cuerda en que iban a colgarlo.

Trilly se acercó a él y le dió cuenta de las condiciones en que le dejaban con vida.

—Ya lo sabes. Trabajarás hasta que hayas pagado... ¡Y ay de ti si intentas escaparte!

El joven tuvo que resignarse, pareciéndole todo llevadero después del intento de ahorcarlo. Se conformaría con su suerte... Y tuvo que seguir a los vaqueros hacia el rancho y aguantar las burlas de aquellos hombres que deseaban cobrar cuanto antes la cantidad perdida cándidamente.

* * *

Al día siguiente, desde primera hora de la mañana, Windy trabajaba cortando leña.

La luz del sol, el nuevo día, la belleza de los

contornos, le habían impresionado favorablemente, y pensaba que era preciso pasar lo mejor que pudiese aquellos días de expedición.

Cuando los vaqueros se levantaron, le vieron ya trabajar.

Windy atendía a su labor con ahínco, deseando no parar en todo el día, a fin de liquidar cuanto antes la cuenta pendiente. ¡Pero doscientos dólares es una cantidad tan grande! ¡Representa tantos meses de esfuerzo!

Seguía cortando a hachazos la leña, cuando de pronto hizo saltar un pedazo a gran distancia, entrando por la ventana de la cocina y rompiendo unos platos que estaba limpiando Pansy, la criada cuarentona del rancho, una mujer solterona para siempre jamás.

Atemorizado por el estrépito, se dirigió a ver sus consecuencias, y tuvo que soportar la reprimenda de la criada. Pero Windy, hombre gracioso en sus gestos y en sus palabras, consiguió desarmar la indignación de la maritornes y aun captarse rápidamente su simpatía.

—¡Buena pieza está hecho usted! Ya me han dicho por qué se encuentra aquí, ya. Pero usted no tiene solo la culpa. La ambición de los demás es lo que les pierde. A cualquiera hora expongo yo mi capitalito. Ni que me ofrezcan todo el oro del mundo—decía ella.

—Yo no les quité nada... Caprichos de la suerte, señora.

—Calle, calle; no mienta más. Y mire, ya que está aquí, haga el favor de servir el desayuno al jefe...

—¿Dónde está el jefe?

—¿Ve aquel pabellón? Entre por la primera puerta.

—¡Corriente!

Haciendo ridículas piruetas, el joven cogió una bandeja con el desayuno y se dirigió al pabellón indicado.

—¿Se puede pasar?

—¡Adelante!—le dijo una voz de mujer.

Extrañado por aquel acento del "jefe", Windy volvió a repetir la pregunta, y al contestarle de nuevo una suave voz femenina, se apresuró a entrar, quedando estupefacto al encontrarse con una muchacha muy guapa.

—¿Pero usted es el "jefe"?

—¡Sí! ¿Qué le ocurre? ¿Quién es usted?—dijo ella, sonriendo.

—Pues un nuevo vaquero. Anoche me contrataron a la fuerza para el pago de unas deudas.

—¿Entonces es usted el sujeto de la feria que les quitó el dinero a los muchachos?

—¡Poco a poco, señorita! Gané en buena lid, y al ir a devolver el dinero me encontré con que me habían robado.

—Eso lo dirá usted.

—Eso es tan verdad como que usted es una chica preciosa.

La joven se echó a reír, no pareciéndole del todo malo aquel hombre. Una oveja descarriada, eso sería todo, pero en el fondo tal vez un buen corazón.

Rió todavía más al ver cómo Windy, haciendo ridículas contorsiones, dejaba el desayuno sobre la mesa y se ponía un plátano en la boca simulando encenderlo como si fuera un cigarro.

Contento al ver que a ella le hacían gracia sus cosas, las repitió hasta la exageración, y aun, sonriente, se permitió ceñir por el talle a

la señorita, sin que ella protestara demasiado contra el atrevimiento.

Pero en aquel peligroso momento entró Trilly, quien, con gesto amenazador, obligó a Windy a salir de allí.

—El día que vuelvas a molestar a mi hermana Molly, te meto una bala en el cuerpo.

—Perdone, señor... Pero me dijeron que sirviese el desayuno.

—Que lo sirvieses, pero no que te lo comieras... Y vete ahora a ordeñar las vacas. Hay que buscar leche para el desayuno de los muchachos.

Satisfecho por el encuentro con Molly, pues ya le parecería de este modo menos penosa su estancia allí, el joven salió a ordeñar las vacas.

Pero la presencia de estos animales, junto a los cuales había también unos toros de cuernos puntiagudos, le asustó profundamente, y no viéndose con ánimos para realizar el oficio de ordeñador, se fué a la cocina, destapó unos botes de leche condensada y los disolvió en una gran cantidad de agua.

Al descubrirse que en vez de leche de vaca les daban condensada, quisieron pegar a Windy, quien aseguró, sonriente, que las vacas se impresionaban al verle y no las podía ordeñar.

—¡No sirves para nada!—le dijo Trilly—. ¿Qué podríamos hacerle hacer?

Uno de los vaqueros repuso, sonriente:

—¿Por qué no conduce el camión?

—¡Admirable!

Windy demostró gran júbilo al oírle.

—Sé guiar muy bien... Y, además, tengo ropas más elegantes que ésta para guiar el camión. ¿Queréis que me las pruebe?

—Póntelas, porque el coche requiere un conductor muy atildado.

Satisfecho de su nuevo empleo, Windy fué a cambiarse de ropa, y a poco volvió vestido con un traje de señorito provinciano y un ridículo sombrero de paja.

¡Lástima que Molly se hubiese marchado!

Los vaqueros aseguraron que no estaba mal el traje, pero que el sombrero era un poco feo.

Empezaron a pegarle golpecitos en sus alas, y John, más atrevido que los demás, de un violento manotazo se lo rompió.

Todos se echaron a reír a carcajada batiente, y de un modo particular Windy, cuya risa era jocunda y alegre a más no poder.

Quitóse el sombrero y se lo enseñó a John.

—¡Has destrozado tu propio sombrero!—le dijo—. Como yo no lo tenía, me puse el tuyo, para que te enteres.

Esta vez el único que no rió fué John, cogido en sus propias redes.

Otro de los vaqueros ordenó a Windy que le acompañase hacia el "camión". Fueron al establo, donde había una carretilla de mano.

—Este es el camión—le dijo, riendo—. En él debes cargar todo ese montón de estiércol.

Una gran desilusión se apoderó de Windy, pero sin decir nada cogió la pala y comenzó a cargar la poca olorosa mercancía. ¡Lástima de traje para aquel oficio! Pero resignándose a su labor, ya que no había otro remedio que efectuarla, acabó de realizar su trabajo.

Un automóvil que conducía Molly se detuvo junto a él. El coche estaba sucio, y Molly, bajando de él, dijo:

—Haga el favor de limpiar y lavar el coche, Windy.

—¿Dónde, señorita?

—Allí, en el río.



—Este es el camión.

—¿Ahora mismo?

—¡Pues claro está!

Marchó Molly, y el joven, a quien aquella vida activa comenzaba a fatigar, subió en el automóvil y marchó hacia el río. Pero, distraídamente, dejó, al salir, abierta la puerta del cercado de los toros, y de pronto vió salir a uno de estos fieros animales que, ciego de ira y de sol, avanzaba en dirección al vehículo.

Windy corrió como un desesperado a ponerse en salvo, dejando abandonado el coche. El

animal lo embistió con tanta furia que el vehículo volcó.

Molly y los muchachos habían presenciado el accidente. Una vez los vaqueros consiguieron encerrar de nuevo al toro, Molly llamó a Windy y al principio le reprochó duramente por su descuido.

—Ha causado usted grandes averías en el coche. Lo menos costará cien dólares. De modo que tendrá usted que trabajar más tiempo, hasta que los haya pagado.

—¡Qué se le va a hacer, señorita Molly!— dijo, sonriente—. Me resigno, y con gusto. Desde que la conozco a usted ya no me parece tan triste mi destino.

—¿No?

—Yo siempre he tenido debilidad por las mujeres bonitas...

—Yo no soy bonita...

—Yo la encuentro la mujer más bella del mundo.

—¿Aprendía usted todo eso en el circo?

—Lo he aprendido viendo a las otras mujeres, pues ninguna puede compararse con usted.

A Molly parecieron agradecerle aquellas palabras de cordial admiración, pero no queriendo demasiadas confianzas con aquel muchacho, se alejó de él después de premiar sus frases con una sonrisa que a Windy le supo a gloria.

* * *

Pasaron varios días, durante los cuales la amistad entre Molly y Windy se hizo más afectuosa... Windy se sentía enamorado de su ama,

aunque claro que esto era un amor absolutamente irrealizable, que nunca podría conseguir. Y por su parte, Molly se daba cuenta de que aquel vaquero a la fuerza no era un mal muchacho, sino más bien un atolondrado, un irreflexivo, pero que tenía un buen fondo.

Los demás vaqueros proseguían sus burlas e improperios contra el joven.

John, desde el episodio del sombrero, no le podía ver ni en pintura. Y Windy le hacía objeto de sus ironías, considerándose por entero superior a él.

Un día John adquirió un magnífico traje de vaquero. Windy, enamorado de aquel vestido, que pensaba le iría a él divinamente, le propuso jugárselo a los dados. Si John ganaba, él le daba un magnífico reloj de oro; si perdía, se quedaba Windy con el traje...

Deseando John ardientemente el reloj, aceptó la propuesta, pero la suerte, esta vez de una manera legal, favoreció por completo a Windy, quien se vió dueño de un envidiable traje de vaquero, con el que se presentó en el comedor a la hora de comer, causando sensación entre los demás camaradas.

A Molly le impresionó agradablemente su presencia... ¡Le estaba muy bien aquel traje! ¡Lástima que no fuera Windy un poco más formal!

John, deseoso de vengarse de él, le ordenó fregase el comedor y la cocina. Y Windy, acostumbrado a hacer siempre la voluntad de los demás, tuvo que acceder también aquella vez, y con un pequeño cepillo comenzó la limpieza de las habitaciones.

Pero deseoso de vengarse de John, ideó una de las suyas. Viendo a John hablar con la criada

Pansy, cogió el sombrero del vaquero, que éste había dejado sobre la mesa, y vació en su interior una gran cantidad de goma.

John, distraído, se puso el sombrero, y al descubrirse luego para saludar, vió que le era imposible quitárselo, pues había quedado her-



...le ordenó fregase el comedor y la cocina.

méticamente engomado contra sus sienas... Haciendo violentos esfuerzos cayó al suelo, resbalando con una pastilla de jabón que Windy había puesto adrede.

Viendo que todo aquello era cosa de Windy, le descerrajó varios tiros, que por fortuna no hicieron blanco, aunque obligaron al antiguo artista de circo a huir a la desbandada hacia el

campo y a subirse, con el afán de escapar, sobre uno de los caballos que pastaban allí.

Precisamente había montado sobre uno de los más fieros, casi imposible de domar. A punto estuvo de ser derribado varias veces, pero se aguantaba enérgicamente en la silla, hasta que al fin, después de desesperados esfuerzos, fué despedido a larga distancia.

Quedó el joven medio desvanecido. Acudieron Molly, Trilly y todos los vaqueros, y la joven, disgustada por las continuas burlas de que era objeto aquel pobre muchacho, exclamó, mientras le incorporaba suavemente:

—Esto ya es demasiado. Desde hoy evitaréis burlaros de él. Trabaja el pobre como un negro, no cobra un céntimo y encima le maltratáis...

—¿Olvida, Molly, que nos robó antes?

—Él asegura que le quitaron el dinero que os iba a devolver. Pero de todas formas, no hay derecho a tratarlo como lo hacéis. Desde hoy queda bajo mi protección.

—Lo mejor será que no te preocupes más de él—le dijo su hermano Trilly—. Me basto yo para impedir que se le haga daño.

—¡No puedo tolerar más tanta burla! ¡Pobre Windy!

Y pasó su mano de seda y marfil por la frente de Windy... Este, que ya estaba recobrado de su desvanecimiento, simuló todavía permanecer sin sentido para seguir sintiendo la tibia caricia de aquella mujer...

¡Preciosa Molly! Cada día le interesaba y le agradaba más.

* * *

En días sucesivos, siguiendo las instrucciones de Molly, dejaron de maltratar al joven, pero, eso sí, el trabajo seguía siendo constante... No paraba en todo el día. Tras una cosa, otra; tras una obligación, otra obligación.

Se acercaba la gran fiesta del rodeo, que se celebraría a pocos kilómetros de allí. No dejaría de asistir ningún vaquero, para quienes aquel espectáculo era de los más queridos y emocionantes.

Un sábado por la mañana Trilly pagó a todos los vaqueros su jornal, y el pobre Windy vió con envidia cómo ellos se embolsaban buenas cantidades, mientras él, después de un trabajo penoso, no tenía la menor remuneración...

¡Ah, qué asco de ambiente! En aquel instante sintió la alegría de la libertad y de tener dinero, mucho dinero, y deseó ardientemente poder abandonar aquella hacienda...

Poco después Molly le llamó al salón que ella estaba adornando con guirnaldas y farolillos de papel.

—Mire, Windy, me va usted a hacer algunos recados.

—¡A sus órdenes, Molly!

—Vaya a la tienda de la ciudad a comprar todo lo que está indicado en esta lista... Y después ingrese en el Banco estos mil doscientos dólares.

—¿Yo?

—Sí. Y vuelva pronto. Utilice mi automóvil. Puede estar aquí de regreso a las doce.

—¡Bien, señorita!

—No tarde. Después me ayudará a acabar de arreglar el salón para la fiesta que damos esta noche.

—¡Sí, sí! ¡No tardaré! — exclamó con entonación extraña y con una cierta emoción en el semblante que no pasó inadvertida para Molly.

Windy se dirigió a su habitación. Miró con febril entusiasmo aquellos mil doscientos dólares... El ansia de libertad lo deslumbró con su luz soberana. Sus antiguas y libres costumbres volvieron a él. ¡Qué oportunidad tan maravillosa para huir, para no regresar más, para librarse de aquel trabajo idiota de presidiario!

¡Ah, no vaciló en hacerlo! Hizo un pequeño paquete con su ropa... ¡Adiós rancho odioso! ¿Odioso? ¡Oh, no! Odiosos sus hombres, pero no aquella Molly a la que siempre recordaría con ilusión.

En su alma de hombre joven, donde el amor ha de nacer forzosamente como en tierra abonada, vivía la imagen de Molly, la suavidad de flor de aquella criatura, su dulzura y su bondad. Pero el anhelo de libertad, de volver a su vida independiente de hombre solo, podía más... Y subiendo al automóvil, salió a toda marcha, con el firmísimo propósito de no regresar nunca.

Molly le vió partir y experimentó una extraña desazón. ¡Oh! ¿No habría cometido ella una tontería al entregarle aquel dinero? ¿No era poner junto a él la manzana golosa de la tentación? ¿Volvería? Algo en el fondo del alma

le aseguraba que sí, que Windy no pagaría su confianza con aquella traición.

Pero ya toda la mañana permaneció inquieta, trabajando febrilmente, con el pensamiento fijo en aquel hombre...

Avanzaba el reloj. Pasaron unas horas... Eran ya las doce... De pronto escuchó pasos y se volvió rápidamente creyendo que llegaba Windy. Pero, ¡oh desilusión!, quien apareció fué Buck, otro de los vaqueros, un buen muchacho que llevaba allí muchos años de servicio.

—¡Hola, Buck!—dijo, procurando sonreír—. ¿Qué hay de nuevo?

—Venía a comprometerle unos bailes para la fiesta de esta noche.

—Con mucho gusto. Mire, estoy muy atareada arreglando todo eso.

—¿Quiere que la ayude?

—No, gracias. Usted tiene otras cosas que hacer.

—Las dejaría para servirla... Molly, muchas veces he querido decirle algo que está pugnando por salir del corazón a los labios. Que la quiero a usted, que creo sería el hombre más feliz del mundo si usted me aceptase por marido.

Ella le miró sorprendida. Aquel muchacho era muy simpático, muy bueno, muy leal... ¡pero de eso a quererle por esposo! Ante ella, de una manera inconsciente se interpuso una imagen: Windy.

Sonrió y dijo:

—Me es imposible contestarle ahora nada, Buck... No puede ser... Déjeme pensarlo algún tiempo.

—¿Pero no me da usted alguna esperanza?

—¡Déjeme pensarlo!

—Molly, no podré dormir hasta que sepa su respuesta.

Marchó Buck, y Molly quedó un poco contrariada de que precisamente en aquellos momentos hubiese Buck escogido la oportunidad para



—...¿no me da usted alguna esperanza?

declararse. Pronto olvidó, sin embargo, aquella declaración para pensar en Windy... El reloj avanzaba y Windy no volvía... ¿Sería verdad que habría huído para siempre, que se habría quedado con el dinero?

Era ya la una menos diez y empezaba a perder las esperanzas de que regresara, cuando escuchó el rumor del auto y vio descender de él a Windy, que, cargado de paquetes, se dirigía sonriente hacia la casa.

Windy estaba contento de sí mismo. Acababa de obtener sobre el instinto del mal, que todo hombre lleva dentro, una gran victoria. Había dudado mucho, la tentación era muy sugestiva, pero había acabado venciénola, acallándola, obligándola a enmudecer. La idea de volver a ver a Molly pudo más que ningún interés, que ninguna malsana influencia... Y allí estaba para decirle a Molly que había cumplido fielmente sus compromisos.

—¡Hola, Windy!...

—Perdone la tardanza. Se me reventó un neumático y por eso tardé... Pero...

—¡Ah, ya decía yo! Muy bien, muy bien.

—Aquí tiene la compra y la libreta del Banco.

—¡Déjelo encima de la mesa!

—Muy bonito está el salón ¿Quiere que la ayude?

—¿No estará usted muy cansado?

—Nunca supe lo que era eso.

—Pues a ver, vaya dándome esos farolillos.

Los dos trabajaron en la instalación de los adornos. Rieron, bromearon; él, sonriente y feliz, empezó a mover la escalera en que Molly estaba encaramada. La joven cayó en los brazos de Windy. Reían, se miraban con cariño, parecía como si fuesen a besarse... Y en aquel instante comprometedor entró Trilly.

—¿Qué haces aquí, Windy?—le dijo, furioso.

—Me estaba ayudando...—explicó Molly.

—No tienes nada que hacer en nuestra casa, Windy. ¡A tu sitio!—le gritó, furioso—. La fiesta no ha sido hecha para ti.

—¡Pero, Trilly!

—No repliques. Y esta noche abstente de asis-

tir al baile que damos. Sólo es para personas decentes, no para ti...

El pobre joven, muy entristecido esta vez, se alejó lentamente, y Molly, disgustada, en vano quiso que su hermano rectificase su disposición.

—Este hombre no es digno de asistir a la fiesta—dijo Trilly—, y no asistiré. No olvides que aquí mando yo.

Ella lanzó un doloroso suspiro y continuó arreglando el salón, pero ya sin la alegría de antes...

* * *

Y llegó la noche de la fiesta... Buck bailó varias veces con Molly, susurrándole al oído tiernas y amorosas frases, que ella escuchaba malhumorada, lamentando que el buen Windy no estuviera allí.

El baile estaba animadísimo. Habían traído una orquesta de un pueblo vecino... Se danzaba casi sin parar.

Durante uno de los cortos intervalos, Molly pudo separarse de Buck y salió un momento al campo con ansias de respirar el aire libre. Vió de pronto sentado en el estribo del auto al buen Windy, que con ojos melancólicos se contentaba con asistir de lejos a la fiesta.

Corrió hacia él, y le dijo con melancolía:

—¿Qué aburrido debe pasar la noche, ¿no?

—Triste como nunca. Soy como unapestado. He de estar lejos de todo el mundo. No me quiere nadie.

—¿Por qué dice eso? Vamos, Windy, venga a bailar conmigo.

—¿Yo?

—¿Tiene miedo? Entonces retiro la invitación.



—No me quiere nadie.

—¡Oh, no, no! ¡Qué alegría!

Profundamente emocionado ante aquella dulce invitación, Windy siguió a la joven. Entraron en el salón y comenzaron a bailar ante la estupefacción de todos los vaqueros, que veían que Windy había desobedecido sus órdenes.

Buck, furioso, se dirigió hacia él y le separó bruscamente de Molly.

—¿Cómo se atreve a bailar aquí?

—¿Y a usted qué le importa?

—¿Quién le ha invitado?

—No he de darle ninguna explicación.

—¡Cobarde! ¡Salga afuera! Va usted a romperse el alma conmigo.

—¡Vamos!

Marcharon los dos en actitud de desafío. Molly, horrorizada, quiso salir también, pero su hermano Trilly se lo impidió, poniéndose a bailar con ella.

—¡Déjame salir! Temo por Windy... Yo fui quien le invité.

—Pues hiciste muy mal. Y no quiero que te intereses más por ese loco.

Ella calló, sufriendo hondamente. Su mirada estaba fija en la puerta por donde habían marchado los dos rivales. Pronto reapareció Buck con su sonrisa de triunfador.

Se dirigió hacia Molly y le dijo:

—Creo que a Windy no le quedarán ganas de volver a entrar... De un puñetazo le he hecho ver las estrellas.

—¡Pobre Windy!

—¿Le compadece?

—Me inspira lástima porque es más débil que usted.

Salieron al campo...

Buck intentó entonces declararle de nuevo su cariño.

—¿Qué ha pensado usted de lo que le dije esta mañana, Molly?

Ella, disgustada por todo lo ocurrido, contestó con decisión.

—Que no es posible, Buck... Que deje usted correr sus ilusiones.

—¿De veras?

—Le quiero como un amigo... Nada más...

Y dejando a Buck volvió al salón, donde ya no quiso bailar en toda la noche.

Windy había visto de lejos a la pareja. Muy apenado, creyendo que ella le desdénaba por Buck, se volvió a su estancia. Le dolía el formidable puñetazo. Tenía sangre en la boca y en la nariz...

¡Ah, qué cansancio el suyo! ¡Cómo deseaba ardientemente acabar de una vez, en un sentido u otro, aquella situación!

* * *

Al día siguiente, los vaqueros marcharon todos al pueblo donde se celebraba el clásico rodeo.

Windy, deseoso de distracción, se dispuso a marchar también... Molly, entristecida, salió a su encuentro.

—¿Le hizo mucho daño Buck?

—Ya ni me acuerdo... Pero pienso castigarle un día.

—No es mal muchacho... Carácter duro...

—Y un puño más duro aún... En fin, yo quiero olvidarme de todo ello. Ya la vi de nuevo a usted en palique con él... ¡Que les aproveche!

—Windy, ¿qué quiere usted decir con eso?

—Pues que Buck y usted deben ser novios, ¿no?

—Nada de eso.

—Sí, no lo niegue. Vi cómo él la cogía del brazo... A lo mejor se besaron después.

—¡Falso! ¡Falso!

El, contrariado, dijo:

—¡Adiós! ¡Me voy al rodeo! Al menos me distraeré un poco...

Marchó desilusionado, mientras Molly, muy triste ante aquella manera injusta con que la trataba Windy, tendíase en el suelo y se ponía a llorar. Y de pronto dió un grito, un grito terrible, estremecedor.

Windy, que todavía se hallaba cerca, corrió de nuevo al lado de la muchacha y encontró a ésta debatiéndose en inmensa desesperación.

—¡Windy, me ha mordido una culebra!... ¡Aquí, aquí, en el hombro!... ¡Ay, Windy!... Es venenosa. Yo me voy a morir.

—¡Cálmese, Molly, cálmese!... ¡Veamos!

Había dejado al descubierto su hombro, y vio entonces sobre la fina piel la herida abierta por el mordisco de la serpiente.

No se podía perder ni un minuto... Esas heridas, si no se llega a tiempo, son mortales...

—¡Valor! ¡Voy a curarla a usted!

Cogió un cortaplumas y abrió la carne por donde aparecía el mordisco. Y entonces Windy aplicó los labios a la herida, sorbiendo intensamente la sangre, chupando fuerte para quitar todo el veneno. Deseaba salvar a aquella mujer, a la que amaba de veras.

Ella gritaba, asustada:

—¡Qué dolor! ¡Qué dolor! ¡Me muero!

—¡Calma, calma!... — dijo, escupiendo el líquido extraído—. El veneno está ya fuera... Pero de todos modos sería conveniente que la viese un médico.

—¿Un médico? ¡Si no lo hay por aquí! Pero, sí, sí. Vive un médico indio en un pueblo cercano...

—No perdamos ni un minuto...

Cogió en brazos a la muchacha y subieron al automóvil de ella, saliendo a gran velocidad.

La criada Pansy vióles marchar y creyó que el vaquero raptaba a la señorita.

Y empezó a dar gritos de espanto...

El pueblo estaba situado más allá del Oeste, en un paraje desierto, sombrío.

Llegaron a él, entrando en casa del médico indio, que tenía hierbas milagrosas para evitar las consecuencias de toda mordedura.

Le dió a beber un extracto misterioso y aseguró que ya estaba fuera de peligro.

—Tendrá un poco de calentura, pero mañana se encontrará ya bien del todo.

—¡Gracias, gracias!

—No se vayan! aún. Encontrarán en el camino tempestad de arena.

Pero ella, miedosa, se abrazaba a Windy.

—¡Vámonos de aquí! ¡Volvámonos a casa!

Desoyeron, pues, los consejos del doctor indio y regresaron en automóvil al rancho... Pero a medio camino les sorprendió la tempestad de arena, levantando nubes de polvo que les impedían ver el camino...

Tuvieron que detenerse en medio del campo, sintiendo la trágica sensación del peligro y de la soledad.

Ella se abrazaba a su amigo con espanto.

—¡No tema nada, Molly! Creo que nos hemos extraviado. Voy a bajar un instante a ver si me oriento.

—¡No se vaya, no se vaya! ¡Tengo miedo!

—¡Sólo un momento! ¡Volveré en seguida!

Marchó Windy, perdiéndose pronto entre las

enormes ventiscas que como una sábana negra cubrían el horizonte.

Entretanto, la criada había ido a dar cuenta a Trilly del supuesto rapto de Molly, y el dueño del rancho, enfurecido ante el brutal proceder del que creía un miserable, corrió en su persecución, montado a caballo.

Al fin, tras mucho caminar entre montañas de arena, consiguió distinguir un auto en medio de un camino. Se acercó a él y encontró sola y loca de terror a su hermana Molly, que a causa de la fiebre y del peligro estaba desvariando.

—¡Windy, Windy!—decía, sin reconocer a Trilly—. ¡Sácame de aquí! ¡Por favor!

—¡Hermana! ¿Qué te han hecho! ¡Pobre niña mía!

La cogió amorosamente y la hizo montar con él en el caballo. Y regresaron al rancho, a duras penas, temiendo muchas veces ser sepultados por el huracán.

Poco después regresó Windy, sin haber podido orientarse. Pero con la mayor contrariedad y sorpresa vió que Molly había desaparecido.

¿Cómo no estaba allí aquella mujer? ¿Había huído? ¿Qué locura! ¿No se daba cuenta de que ahora sí que iba a perderse irremisiblemente?...

Empezó a caminar por los campos abandonados y sombríos, llamando insistentemente a Molly, pero ahogándose su voz ante la más poderosa del viento.

Así anduvo largo tiempo, hasta llegar cerca de las ruinas de un pueblecillo indio.

Mientras, los vaqueros habían vuelto del rodeo y se enteraron por Pansy de lo ocurrido durante su ausencia...

Indignadísimos, salieron en persecución de

Windy, llevando al frente a Buck, que tenía con él una cuestión personal que vengar.

Al cabo de una hora de camino distinguieron a Windy que caminaba con dificultad...

—¡Allí está! ¡Ah, el miserable!

Empezaron a disparar contra él, y Windy, sacando fuerzas de flaqueza, empezó a correr, ocultándose entre las ruinas del poblado indio, perseguido por los vaqueros, que habían bajado de caballo y continuaban su persecución con el deseo de darle muerte.

Fué una cacería accidentada e imposible... Windy, internándose por las ruinas, desorientaba a sus perseguidores. Estos se habían separado en varios grupos para alcanzarle mejor... Por fin Buck lo pudo encontrar frente a frente. Fué a disparar contra él, pero Windy, más listo, se le echó encima y le desarmó.

Sostuvieron una formidable lucha a puñetazo limpio, en la que cayeron varias veces los dos, hasta que al fin, Windy, derribando definitivamente a Buck y dejándole medio atontado, pudo escapar...

Buck se incorporó al cabo de poco, y reuniéndose con sus hombres prosiguió la persecución. No querían darle cuartel, deseaban acabar con su vida.

Pero entonces se presentó a ellos Trilly, quien les ordenó con duro acento:

—¡Alto el fuego! No le hagáis nada más... Tenemos mucho que agradecer a ese hombre.

—¿Cómo? ¿A Windy?

—¡Sí! Ha salvado a mi hermana. Me lo acaba de contar ella. La mordió un culebra. El joven le sorbió la herida y llevó luego a Molly al médico,

Buck tuvo que contener su cólera, pero los demás vaqueros, entusiasmados por las palabras de Trilly, se dispusieron ya a ser en lo sucesivo amigos de Windy.

Este había aprovechado aquel instante de tregua para apoderarse del caballo de John y huir, siendo ahora perseguido por Trilly y sus hombres, que le gritaban que no huyese, pues sus intenciones eran de paz.

Pero sin escuchar aquellos gritos, Windy, creyendo que iban a detenerlo, a matarlo acaso—sólo por un milagro se había salvado de las balas—, siguió su galope.

Llegó al rancho y entró en la sala donde se encontraba Molly. La joven corrió hacia él, emocionada.

—¡Oh, Windy, qué alegría verle! ¡Le estoy tan agradecida!

—¡Calle, calle! Me quieren matar. ¡Pero yo pagaré cara mi vida!—decía con vibrante voz.

Empezó a poner muebles ante la puerta, pero no se dió cuenta de que por otra puerta, que habían dejado libre, entraban a poco Trilly y sus hombres...

El, al verles, les amenazó con un revólver.

—¡Atrás todo el mundo!

—¡Deja eso!—dijo Trilly, amablemente—. Somos amigos, lo seremos ya siempre. Sé por mi hermana lo que hiciste por ella, y mi gratitud, como la de todos, será eterna. Si no le llegas a extraer el jugo del veneno, a estas horas Molly habría muerto.

El joven, viendo aquellos rostros apacibles que le sonreían, dejó el arma y corrió a estrecharles la mano.

Y hasta el mismo Buck, ahogando sus celos

y su fracaso de amor, le felicitó por haber salvado la vida de aquella mujer, cuyo amor había perdido.

Renació la paz en el rancho... Días después el sentimiento que llenaba los corazones de Molly y de Windy se expresaba en palabras y promesas de próximo casamiento... Y la boda se celebraba al mes siguiente, entre fiestas magníficas e inolvidables... Y Windy bendecía más de una vez la hora en que no intentó huir del rancho, pues había encontrado en él no sólo un porvenir venturoso, sino el amor de la que creía la mujer más bonita de la tierra.

Trilly le señaló un buen sueldo, y el joven pagó a los vaqueros lo que les adeudaba, y en lo futuro ya todos formaron un haz inquebrantable de amistad.

FIN

Sírvase pedirnos los nuevos catálogos de EDICIONES BISTAGNE y se los remitiremos seguidamente.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Tlp. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Ediciones especiales

Precio popular: 1 pta.

Últimos éxitos publicados:

LA DIVORCIADA

por Norma Shearer, Conrad Nagel, etc.

MADAME SATÁN

por Reginald Denny, Kay Johnson, Lillian Roth

¿CUANDO TE SUICIDAS?

por Imperio Argentina

MARIANITA

por Janet Gaynor y Charles Farrell

EL CARNET AMARILLO

por Elisa Landi, Lionel Barrymore, etc.

SU ÚLTIMA NOCHE

por ERNESTO VILCHES, María Alba, etc.

Esta semana aparecerá:

HONRARÁS A TU MADRE

¡Haga sus encargos desde ahora mismo!

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Las mejores novelas de cine las publica

Ediciones BISTAGNE

Recuerde y pida siempre estos títulos:

La Novela Semanal Cinematográfica moderna

Aparece los miércoles Precio: 25 cts.

El Film Ruso

Novedad Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Aparece los sábados Precio: 30 cts.

Éxitos Cinematográficos

Lo mejor Precio: 50 cts.

La Novela Semanal Cinematográfica extraordinaria

Aparece el último sábado de cada mes
Precio: 50 cts.

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

Precio: 1 peseta

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
